

**“El andar era uno de mis placeres inagotables”.¹
Masculinidades y ciudadanías homoeróticas
en Santiago, 1930-1960**

**“El andar era uno de mis placeres inagotables”.
Masculinities and Homoerotic Citizenships
in Santiago, 1930-1960**

Víctor Rocha Monsalve

Universidad Diego Portales.
vrocha_monsalve@yahoo.es

SÍNTESIS

En este trabajo se aborda la problemática de la construcción de unas identidades homosexuales a partir de las prácticas discursivas como materiales asociadas con la irrupción social y simbólica de una cultura homoerótica en Santiago a partir de 1930. A través del estudio de la prensa sensacionalista y del psicoanálisis –prácticas fundamentales de una cultura de masas– y además de las narrativas de la intimidad articuladoras de una memoria biográfica desplegadas por dos figuras centrales del campo intelectual: Hernán Díaz Arrieta y Luis Oyarzún, se analizan las principales estrategias textuales y subjetivas desplegadas por unos ciudadanos portadores de un “deseo otro” en la búsqueda de un decirse a sí mismos desde la apropiación inapropiada de unos espacios urbanos sexualmente normalizados.

ABSTRACT

This paper approaches the problematic of homosexual identities construction build around discursive practices as associated materials with the social breakthrough and symbolic of an homoerotic culture in Santiago from the 1930's. Through of studying the sensationalist press and the corpus of psychoanalysis -fundamental practices of the mass culture- and also the narratives of privacy that articulate a biographic memoir deployed by two principal character of intellectual field: Hernán Díaz Arrieta and Luis Oyarzún, we analyze the main textual and subjective strategies unfold by citizens that carry an “other desire” in the seek of an internal dialog based on the appropriation inappropriate of sexually normalized urban spaces.

Palabras claves: identidades, deseo homoerótico, callejeo, ciudadanías.
Keywords: identity, homoerotic desire, strolls at round, citizenships.

Introducción.

La ciudad, si no existe, la inventa el bambolear homosexual... El plano de la city puede ser página, su bitácora ardiente que en callejear acezante se hace texto, testimonio documental, apunte iletrado que el tráfico consume.

Pedro Lemebel (2009, 115).

Abordar la pregunta sobre las identidades y las ciudadanías en relación con los procesos de reconocimiento de los derechos de una parte que interrumpe en la polis –parafraseando a Jacques Rancière– no solo alude al espectro de formas contingentes, sino también, performativas como agenciales de su compleja articulación con el género, el sexo y deseo, doblemente presentes desde las virtualidades simbólicas del actuar de las llamadas minorías sexuales. Considerando esta problemática, nuestra reflexión se adentra en los sinuosos procesos de enunciación y en las operaciones narrativas que convergen, en muchas ocasiones de forma silenciosa y oblicua, en la definición de unas ciudadanías del deseo proscrito en un Santiago cada vez más moderno a los ojos de sus habitantes al “trashumar dinamismo y agilidad, atracción y movimiento, en un inmenso anhelo de superación constructiva”, sentenciaba felizmente Sex Appel (1939) una de las primeras revista destinada al deleite por medio de fotografías del bataclán nacional e internacional.

Es en este contexto de consolidación de una sociedad de masas que profundizaremos, desde el desmantelamiento de los discursos del pánico homofóbico del cual es soporte la crónica roja como de los engranajes biopolíticos en los actores, signos, códigos y materialidades de una incipiente cultura homoerótica en Santiago. Nos interesa ahondar en la “zona moral” de una economía libidinal relacionada con unas geografías definidas a contrapelo de la acción de los poderes heteronormativos y de sus territorialidades inscritas en los cuerpos a través de diversos artilugios estéticos en su calidad de micropolíticas de resistencias; caracterizadas por Néstor Perlongher en su estudio callejero sobre la prostitución masculina en San Pablo (1999).

Por otro lado, nos importa evidenciar la construcción sexual como circulación social de las performances que fueron reproduciendo el deseo homoerótico y el sujeto homosexual a partir de la identifica-

ción de sus experiencias registradas en las crónicas sensacionalistas y fichas clínicas para concluir en las producciones escriturales consideradas marginales al canon literario, en este caso, conformado por los diarios íntimos de Alone, seudónimo de Hernán Díaz Arrieta (2001), uno de los críticos más influyentes en el campo literario en su tribuna santificadora, paradójicamente de lo hegemónico, y Luis Oyarzún (1995), filósofo, poeta, decano de la Facultad de Bellas Artes de la Universidad de Chile, entre otras actividades. La elección de este corpus escritural no solo responde a criterios de temporalidad histórica y a una práctica escritural de marcado carácter fronterizo que es compartida, sino más bien, a una complicidad subjetiva vinculada con la experiencia de una identidad masculina emplazada entre una condición transeúnte como en una disposición viajera, que reelaborada en el acto de recordar, nos permitirá adentrarnos en las estrategias polisémicas del decir (se) disidente o queer. Porque el escribir, en palabras de Deleuze y Guattari “no tiene nada que ver sólo con significar, sino con deslindar y cartografiar, incluso futuros parajes” cuando se refieren al carácter contingente de la literatura y del libro como una máquina (Deleuze y Guattari, 2002, 11).

De esta manera, la escritura minoritaria deviene en un engranaje enunciativo de los avatares de una subjetividad e intimidad fragmentada por los desplazamientos de un siendo-estando en un tiempo-espacio de una ciudad des/conocida, pero finalmente propia. Un letra marcada por la huella, el trazo y mapeo de unas identidades en constante movimiento y (re)construcción, transformándose en el soporte del reconocimiento de una “rareza” que “no pasa de ser un gran deseo”, como escribiera Alone (1914, 43). Espacio de formulación fantasmática de una identidad asediada desde la extrañeza, molestia, destino nefasto o punto de fuga en el marco del despliegue biopolítico con su dispositivo de la homosexualidad.

La economía libidinal de una ciudad moderna.

Cuerpos sexuados y transgresiones en una nueva geografía erótica.

Santiago tienen cerca de 3 millones de habitantes y más de 2 millones de metros cuadrados de pulmones verdes que se distribuyen en parques, plazas y dos cerros: el San Cristóbal y el Santa Lucía... Sin embargo, el objetivo de bien colectivo que estos parques tienen, ha sido desvirtuado. Parece que junto

a los árboles, las flores y... prados se despertara, en muchos individuos, el deseo de satisfacer las encontradas pasiones del más primitivo instinto.

Aquí Está (1963, 8).

Es a partir de la década de los treinta cuando se inaugura un nuevo régimen de visibilidad de un sujeto transgresor, que a pesar de encontrarse cimentado en el incipiente campo de saberes provenientes de la sexología, seguiría constituyéndose socialmente por medio de una epistemología del secreto conocido pero no dicho. En una dramaturgia melodramática articulada por la tensión permanente entre lo oculto y revelado, de un saber enunciado en el susurro resonante de ese:

(...) mundo...misterioso y seductor de los seres nacidos de una arcilla oculta en lo íntimo de él, amasijo que va en tomando forma y vida. Mujeres, hombres. Todos para vivir en un escenario su propio drama, su comedia, su sainete, lo que fuera, queriendo comunicarse, evadirse de la soledad; sí eso era, horror a la soledad, imposibilidad de comunicarse. Cada uno con su cifra propia, sin lograr saberla. Buscándola desesperadamente (Brunet, 1962, 65).

La cita anterior corresponde a un extracto de la novela *Amasijo* de Marta Brunet, reconocida por la crítica de la época como la primera novela que abordaba sin tapujos “un tema tabú” en la literatura nacional, no tan solo porque su protagonista era un homosexual sino porque también relataba “los dolores de su personaje como un ser humano, no como un caso clínico de homosexualidad” (Ercilla, 1962, s/p). Dando cuenta nuevamente de este estado a la vez privado como abierto que definía el deseo homoerótico. De una subjetividad tensionada entre el ser y el estar siendo, moldeada desde la mezcla desordenada de elementos extraños encubiertos por una escritura del voceo, materializada por la narrativa del psicoanálisis en boga a través de la acción funesta de una madre obsesiva y doliente que transforma en el centro de su existencia la sobreprotección del hijo. Historia funesta de una opresión psicológica a un mundo maternal que frente a los requerimientos de la ley del padre –concretizados en las figuras del señor cura y el médico familiar que a cada momento insisten en hacer del “hijo un hombre”– solo puede tener como desenlace el suicidio ante la imposibilidad de ser “un factor eficiente a la comunidad”. El individuo sitiado nos relata:

(...) viajé. Principio de huida. Porque algo me perseguía desde el fondo de sí mismo. Algo que había aparecido al filo de la adolescencia y que me surgía imperioso desde mis entrañas. El deseo. El mandato del sexo, sostenido y lacerante. La necesidad de fundirme a una mujer y el horror a ese acto... Hasta me convencí de que nunca, iba a liberarme..., que mi vida entera estaba encerrada en ese círculo... No crea que son lucha... A veces he creído estar al otro lado de la frontera, en plena insania... No puedo decirlo... No puedo. Caí en ‘eso’ como un pozo... A veces creo que lo que soy sencillamente ‘eso’...Pero puedo asegurarle que es pasar de un horror a otro, de una pesadilla a otra pesadilla” (Brunet, 1962, 121-122).

Una pulsión agónica construida en la angustia constante de ser aquello que no se puede, tal como ya lo había expresado Augusto d’Halmar y replanteado en términos existencialistas por Benjamín Subercaseaux, marcando a fuego una subjetividad extranjera en la utopía nacional al desbordar las reglas de pertenencia al pacto fraterno. Un exilio denunciado por Brunet al desmontar su artificio cuando dibuja tenuemente su eficacia de encarnación disciplinaria de la diferencia que debe ser representada sin nombrar, productivizando los saberes del secreto a partir de las incertidumbres provocadas por la corporalidad espectral de un niño “no como la mayoría... un niño en su provincia de soledad, cortés y silencioso, inteligente y soñador. Desarrollándose sin tropiezo en cuanto a lo físico: espigado y firme” (Brunet, 1962, 75). Sitiando unas retóricas de la masculinidad fundamentadas en una política de administración nacionalista de los cuerpos en su despliegue inmunitario.

En un régimen sexopolítico de transparencia visual entre corporalidad y veracidad ontológica enunciable, los conocimientos médicos buscaron por lo tanto decodificar las sinuosidades que permitirían el encasillamiento de un sujeto especularizado producto de la aleación entre sexo, género y deseo. A través de las plusvalías naturalizantes de la exhibición del cuerpo como de los tropos discursivos de la anormalidad en relación a la peligrosidad social, se trazó una corpo-geografía del reconocimiento de las “formas especiales del cuerpo, enfermedades, lesiones y manchas, aparte de otros, como pronunciado desarrollo de las nalgas, modales, trajes, costumbres...”, indicaba un conocido manual práctico de criminología destinado al uso policial (Benítez, 1932, 84). Una anatomía fetichista del estigma

orgánico que paulatinamente daría paso, aunque siempre suspicazmente presente, a una epistemología del síntoma psíquico relacionada con una inestable conjunción entre un deseo erótico y una práctica sexual destinada a ser develada por los hombres de ciencia y por sus reelaboraciones colectivas en el habla popular como en la crónica sensacionalista.

El cuerpo debía ser rigurosamente examinado e interpretado con la finalidad de localizar las causas biológicas o psicológicas de las identidades como de la orientación sexual: hormonas, morfologías y los genes se conformaban en los signos legibles para la producción de diferencias. En locus para el ejercicio de la violencia productora de la nuda vida, es decir, en cuerpos residuales despojados de humanidad y de toda protección jurídica y política, subjetividades en detención indefinida, diría Judith Butler. “Exámenes que pretendían ubicar el origen de mi acto”, nos relata la escritora María Carolina Geel al ser auscultada por los médicos de la cárcel luego de haber dado muerte a su amante en uno de los salones del glamuroso Hotel Crillón de Santiago en 1955, relatándonos el momento preciso en donde la subjetividad de la mujer asesina debía develarse:

(...) frente a dos médicos, a cuatro, a seis... humilde asentimiento a exámenes cuyo sólo recuerdo me estremece hasta la raíz de los cabellos, represión casi insostenible frente a dos médicos más que examinaban mi cuerpo, medían mis miembros, anotaban los diferentes grados de pigmento de mi piel, es decir, humillación de aquella, en mí, terrible altivez; la de mi cuerpo... al tercer día cuando salía de allí sintiendo la derrota a que había sometido toda mi individualidad (Geel, 2000, 23).

A pesar de estos ejercicios criminológicos, gestores de individualidades y develadores de la veracidad judicial, la escritora asesina es capaz de apropiarse de la “verdad” de su acto mediante el ejercicio de la letra y el pacto escritural que estableció con Alone en su calidad de autoridad santificadora de las letras nacionales, tanto a nivel de confidente como receptor privilegiado de su obra, al señalar “que la zona profunda de mi yo no es admisible a los demás, como la de ninguno de ellos al otro y allí donde se funden las raíces de lo consciente en las sombras que empiezan y el propio yo zozobra” (Geel, 2000, 23). No olvidemos que la publicación de sus vivencias

en la Casa Correccional del Buen Pastor, Cárcel de Mujeres en 1956, suerte de nómade textual entre la autobiografía, el testimonio, la ficción, se constituyó en la primera novela donde se tematizó narrativamente el cuerpolésbico, permaneciendo durante mucho tiempo silenciado en ese gran closet que es la literatura chilena.

Estos actos de inspección, fragmentación y desmantelación arqueológica de los signos de la disidencia, —que siguiendo estrictas pautas somáticas provenientes de los relatos higienistas, eugenésicos y de la progresiva irrupción del psicoanálisis con sus terapias conductistas—, encontrarían su punto de inflexión con la recepción del conocimiento sexológico europeo, mediante la publicación en la Revista Médica de Chile del artículo “la homosexualidad como estado intersexual” del conocido médico español Gregorio Marañón. Siguiendo los principios de la reforma sexual en boga que reconocía la influencia del sexo en todos los aspectos de la vida social, Marañón postulaba una nueva etiología de la homosexualidad a partir de la teoría glandular, señalando que la configuración sexual de los sujetos era el resultado tanto de caracteres sexuales masculinos como femeninos (1929, 414). En consecuencia el sexo visible, en extensión las identidades de género, serían el producto de un equilibrio hormonal de atributos preestablecidos de acuerdo a las características biológicas distintivas para cada sexo en el plano anatómico, relacionado con los caracteres primarios y secundarios, como en el plano funcional, asociado en la propuesta de Marañón a la biologización de los comportamientos tradicionales de género. En este sentido, los roles de género eran considerados el resultado biológico-normativo del equilibrio hormonal, por lo cual, lo materno y la emocionalidad femenina y el trabajo activo y la agresividad masculina se transformaron en los principales fundamentos médicos para establecer los límites de la diferencia sexual.

Desde esta perspectiva, lo patológico tendría lugar cuando no fuera posible identificar el predominio seguro y definitivo de uno u otro sexo según una escala ficcional del diagnóstico de las variaciones posibles a partir de un hembra y un varón arquetípico o hegemónico. Las identidades sexuadas se constituían entonces al lograr vencer el estado de indeterminación o inversión sexual asociada a la “bisexualidad original” en su calidad de disposición oculta al interior del propio individuo. Ser hombre y mujer, conforme al en-

docrinólogo español, sería el resultado de una lucha latente entre el sexo dominante sobre el sexo secundario. Por ello nos alerta que siempre existe la posibilidad que el sexo derrotado irrumpa, en su condición de fuerza amenazadora, sobre el sexo normal por medio de las predisposiciones mórbidas propias del sujeto o por la acción de las influencias ambientales, consolidando así un representación social sobre la homosexualidad que al integrar factores biológicos, psíquicos y sociológicos fue apropiada por la intelectualidad médica-criminológica chilena en su carácter de dispositivo clave en la renovada gubernamentalidad con sus saberes de intervención social a comienzos de la década de los treinta (Phillips Müller, 1937, Novoa, 1958).

Al ser considerada un producto de la insuficiente diferenciación sexual, la homosexualidad formaba parte de esa amplia gama de estados intersexuales gradualmente ordenados desde lo masculino, ideal de la especie a nivel anatómico como psicológico, hasta los estados anormales en los que incluían el hermafroditismo hasta el travestismo. En esta teoría de la intersexualidad, organizada a base de binarismos genéricos con sustentos superfluos de carácter fisiológicos, libidinales y gestuales, lo que se encontraba en juego era la graduación ascendente entre lo normal y lo patológico, espectro de inscripción a lo anormal y donde se encontraría el universo de lo homosexual (Foucault, 2001, 47). Si el sujeto era concebido literalmente como un “armario ambulante de glándulas” y las identidades como el resultado armónico entre lo morfológico, hormonal y social, Marañón con sus seguidores no sólo sumaron nuevas variables para la definición-construcción de un individuo desviado sino también sentaron las bases para el tratamiento científico de la homosexualidad, recomendando la cirugía y la acción pedagógica como mecanismos de reorientación genésica para reforzar el sexo primario inhibiendo “la orientación torcida de su libido,” de acuerdo con la expresión del jurista Alberto Gándara (1930, 61).

La asimilación local de este discurso sexológico permitió renovar la visión sobre la homosexualidad al fijar su atención en las manifestaciones congénitas, pero sobre todo ambientales de un deseo extraño en sus implicancias genéricas a partir de la elección de un objeto sexual tensionador de la finalidad normal del coito: la procreación. Se inauguraba suspicazmente un moderno régimen identitario de

las sexualidades, que haciendo uso de los estereotipos tradicionales de inversión genérica respecto a hombres afeminados o maricones reproducidos por los artefactos de la cultura de masas, comenzaron a ser entendidas no tan solo bajo el prisma del acto o la práctica sino como un locus de subjetividad, particularmente en su representación en el ámbito del ejercicio judicial con sus saberes de productividad confesional: “porque lo que la ley sanciona es el hábito, la conducta reiterada del agente de cometer actos sucesivos de esta naturaleza, con dolo uniforme y que ofenden de igual manera la moralidad pública”, leemos en la sentencia del fiscal de la Corte de Apelaciones que condenó a José Maximiliano Pastenes Gajardo a la pena de 541 días de presidio menor en su grado medio por el delito de sodomía en 1944 (Gaceta de los Tribunales, 1946, 315 y Villanueva, 1946). El objeto sexual se transformaría así en la verdad indiscutible del sujeto, en un fundamento ontológico donde había “que buscar las verdades más secretas y profundas del individuo; que es allí donde se descubre mejor lo que somos y lo que nos determina... donde se ocultan las partes más secretas del individuo: la estructura de sus fantasmas, las raíces de su yo, las formas de su relación con lo real”, nos señala Michel Foucault en la pequeña introducción que antecede al diario de el/la hermafrodita Herculine Barbin y/o Alexina B., recopilados en su pasión por el archivo desde el fulgor infamante (Foucault, 1985, 15). Los cuerpos sexuados y las sexualidades debían ser portadoras del principio de identidad según los indicios de coherencia e integridad de signo heteronormativo. Consolidando de esta manera un sistema categorial de las identidades que, haciendo eco de lenguaje moral-teológico como del vocabulario técnico proveniente de las psicopatología de las perversiones, lentamente comenzaría a fundamentarse en la orientación sexual al interior de la espíteme heterosexual/homosexual.

En este sistema de visibilidad el homosexual deviene en una identidad minoritaria, portador de un estigma interior que debía ser exteriorizado en su cuerpo para hacer evidente su potencialidad contaminadora, amenazante de las bases del proyecto de regeneración del cuerpo social definido por la acción de las políticas públicas de salud y bienestar (Roseblatt, 1995). En este debate incipiente sobre el carácter congénito o adquirido de la “condición homosexual” (Marañón, 1929, 413), las influencias morbosas relacionadas con los

nuevos estilos de vida moderna y su carácter disgregador comenzaron a cobrar mayor importancia en los discursos públicos de los agentes biocientíficos, conductores del pacto social modernizante desde su tribuna en los aparatos de producción de los saberes expertos sobre las ciudadanías. Sin negar la importancia de “los factores genéticos, endocrinos y biotipológicos” en el diagnóstico como en la posible terapia, el psicoanalista Carlos Whiting enfatizaba, en un artículo de 1956, en la necesidad de analizar las “características del ambiente vital” que rodeaba a la “homosexualidad masculina” para comprender cabalmente:

(...) dicha disposición de ciertos sujetos enfermos... [por medio] del estudio de cuarenta y cuatro casos de pacientes homosexuales masculinos manifiestos o abiertos, en los que predominan las formas facultativas (bisexuales) sobre las absolutas y con un número equilibrado de pasivos y activos, [de los cuales] cuarenta y dos consultaron por desear curar la homosexualidad y dos pacientes por otros síntomas neuróticos... en su mayoría provenientes de los sectores de clase media con edades entre dieciocho y treinta cinco años, nivel de instrucción entre cuarto años de humanidades y profesión universitario... y casi la totalidad solteros e hijos legítimos, sólo dos eran casados” (1991, 231).

Luego de la caracterización de sus pacientes, el doctor Whiting concluía que la práctica sexual más frecuentemente observada fue el coito anal y en todos existía una neurosis asociada a la perversión homosexual. El deseo, la sexualidad y la intimidad entre hombres fue lentamente desplazada de una gramática de inteligibilidad del estigma anal con su comprobación médica-legal, mediante la territorialización del placer en su diámetro y del peso social de la muerte vinculada a su función excretoria-privada-pasiva, a una subjetividad atrapada en la morbidez de la traza biográfica, relacionada en este caso con la incapacidad de controlar los instintos neuróticos del cual eran portadores los homosexuales chilenos del cincuenta.

Por ello se hacía necesario re/establecer fronteras, controlar las influencias peligrosas cada vez más evidentes de una comunidad fraterna de maricas conformada al alero de los profundos cambios simbólicos, materiales, libidinales que experimentaba el paisaje sociocultural de Santiago. Una ciudad, que de acuerdo a la topografía poética dislocada de Benjamín Subercaseaux, se encontraba a la es-

pera de “una interpretación que vaya más allá del hábito y la visión acostumbrada. No nos hemos percatado todavía de que es una ciudad extraña y profundamente original” (Subercaseaux, 2005, 101). Redescubrimiento de la vida urbana asociada con los nuevos usos placenteros de una arquitectura destinada al consumo, ocio, espectáculo, y que se habían transformado en los principales escenarios para el ligue o los amores a primera vista, entre ellos los juegos Diana; los teatros Carrera, Alameda, Huelén, Baquedano, Capitol; los paseos comerciales del centro junto a los tradicionales Parque Forestal, Cousiño, Quinta Normal y las terrazas del cerro Santa Lucía; junto a los baños Chacabuco y Delicia, se convirtieron en los espacios de homosocialización de una cultura erótica-afectiva alternativa que albergó a diversas masculinidades ambiguas sin distinción de clase. A estos espacios de encuentro, identificación y prácticas sexuales con un otro igual movilizado por la consumación de un placer, se sumaron los tradicionales prostíbulos o casas de remolienda: El Buquecito en la calle Coquimbo, la Tía Carlina de Avenida Vivaceta entre muchos, los flamantes establecimientos de la bohemia revestir y las boîtes ubicadas en el sector céntrico y sur de la ciudad, por supuesto los hoteles parejeros y casas de citas extendidos en “todos los sectores: Providencia, Ñuñoa, Avenida Matta, Independencia, Alameda, Santo Domingo, Cumming, Rosas, Riquelme, etc. Algunas tienen la calidad de hoteles, otros, el escudo de Residencial o de casas particulares...”, que incluso “...tienen su santo y seña muy controlado y circulan profusamente determinadas tarjetas que son el sésamo ábrete de todas sus puertas”, nos comenta un preocupado reportero sensacionalista (¡Aquí Está!, 1963, 12). Sin duda alguna, fue entre los rotativos del cine con sus películas de western o dramas cuando más de un encuentro ocasional se llevó a cabo. Amparados por la particular arquitectura de los cines Roxy o Miami con sus recibidores, butacas y la oscuridad imperante, el deseo homoerótico resignificó su usos, apropiándose de un espacio que definía a la propia modernidad con su proyecto de sociedad del espectáculo. En el mismo sentido, el cine como fenómeno sociocultural posibilitó a su vez lecturas como apropiaciones indebidas por parte de los espectadores disidentes quienes se veían interpelados con sus historias o el atractivo de sus personajes, llevando incluso a muchos jóvenes a dedicarse “a parodiar a Wallace Reid, peinándose para atrás... a vestir

trajes llenos de cinturones y tableados, dignos de personas muy contrarias a nuestro sexo”, sentencia el redactor de una de las primeras revista dedicada al séptimo arte (Cit. en Purcell, 2012, 38), llegando incluso a promover el desborde de la sexualidad al “erotizar el sistema nervioso” según indicaba el jesuita Alberto Hurtado basándose en la opinión de Marañón (Hurtado, 1943, 11).

Al mismo tiempo, entre los cuerpos sensuales de vedettes, de estilizadas travestis que siguiendo los pasos de Carmen Miranda llegaban a la perfección en el arte del simulacro con su estética del exceso, como de exóticas rumberas cubanas, voluptuosas bailarinas brasileñas y cantantes de tango como de bolero; orquestas de jazz y tropicales; junto con la presencia de intelectuales noctámbulos de dudosa reputación, se formó una compleja red sexual entre hombres que con sus propios códigos de reconocimiento paulatinamente consolidaría una cultura homoerótica urbana sustentada en un estilo de vida cada vez más evidente en la visión de las autoridades públicas. “De un tiempo a esta parte, la Dirección General de Investigaciones”, señalaba un artículo de la revista *Intimididades y sucesos policiales* del año 1950, “ha emprendido una gran campaña para atacar el pavoroso problema del homosexualismo”:

(...) y para ello ha perseguido en forma especial a todos los “afanadores de invertidos”, ya sea que actúen como “mostaceros”, “chantajistas” o “patinadores”. Con una estricta vigilancia policial contra la clase de elementos, generalmente, muchachos jóvenes y de buena presencia... Hay un fichero especial para cada uno de ellos, con la enorme ventaja que por las confecciones de cada detenido, Investigaciones pasa a conocer automáticamente los nombres y las direcciones de gran cantidad de invertidos de gran condición social, que ni siquiera pueden sospechar que pasan de este modo a quedar en descubierto (1950, 10).

Dominado por una mirada etnológica-naturalizante, el reportero busca categorizar a todos los “desviados y viciosos” para hacer “visible” aquello que hay que extirpar. Por medio de una escritura del exterminio que busca borrarlos, pero que evidencia en cada operación textual una obsesión casi pornográfica al caracterizar hasta sus más mínimos detalles la vida de estos sujetos despojados de valor jurídico, se buscaba delimitar una cartografía interna de lo social en su norma colectiva. Así, la textualización de lo homosexual que-

dó encasillada al espacio prescrito de las identidades abyectas, al ejercicio de la violencia productiva de lo fronterizo: “... cambian los papeles...roban por el vicio...El es Ella... Vestidos y no ternos” (Intimididades y sucesos policiales, 1950, p.11), eran las expresiones utilizadas para dar cuenta de estos incomprensibles sujetos. Un lenguaje generalizador de un modelo de sujeto homosexual establecido a partir de la performance travesti, del invertido sexual o el afeminado delicado, figura predilecta para los lentes de los reporteros gráficos de la prensa roja (Figura N° 1).



Figura N° 1. Fotografía de la portada del semanario ¡Aquí Ésta! del 18 de octubre de 1963, que acompaña el titular del reportaje central ¡la justicia procesa al tercer sexo!

El pánico frente a su presencia, real como virtual, en la calle o ese ahí afuera, dio origen al despliegue de una serie de relatos alarmistas, que con un fuerte contenido sexual y moral, fue destinado a producir la sensación de estar frente a un momento de “recrudescimiento de la homosexualidad”, por lo cual se le debía declarar una

“guerra” frontal en el plano policial como judicial. En uno de esos grandilocuentes titulares de la publicación quincenal Aquí Ésta, no solo dirigiría su atención a los “homosexuales pasivos” sino a los considerados más peligrosos “para la moral sexual física y mental de la ciudadanía... que eran los activos, muchos de los cuales ni siquiera pueden ser identificados” (1963, 11). Se abría de esta forma un nuevo foco de problematización en la definición de las identidades masculinas homosexuales que será aprovechada en la elaboración de nuevas subjetividades subalternas, y que se encontrarán presentes en la experiencia escritural autobiográfica de Alone y Oyarzún. Reconociendo, nuevamente, la complicada relación existente entre deseo, sexualidad e identidades homoeróticas desde las sinuosidades presentes en el homosexual activo, al no dejar evidencia de la asociación “naturalmente” establecida entre deseo abyecto, inversión genérica y rol sexual: porque a diferencia del pasivo, quien se suponía asumía el papel femenino en todo su sentido, el homosexual activo no tensionaba a primera vista las reglas sociales y sexuales de la masculinidad hegemónica.



Figura N° 2. Primera fotografía: “Los degenerados en la 3ª Comisaría, antes de pasar al Juzgado”, Sucesos, N° 1284, Santiago-Valparaíso, mayo de 1927.



Figura N° 3. Segunda fotografía: “Los degenerados con sus trajes de mujer”. Sucesos de mayo de 1927.

En la misma línea, la representación del homosexual como una plaga social, foco de infección y contagio para la gestión política de los cuerpos, comenzó a fortalecerse en los imaginarios sociales de la época por medio de su circulación en los soportes de comunicación masiva. En las crónicas policiales, la homosexualidad se relacionaba con la criminalidad, ya fuera por medio del travestismo, en su potencial subversivo de las identidades genéricas junto con su control civil-criminal o a través del alcoholismo y las drogas, asociadas con la degeneración social de la nación en su carácter de raza varonil, sana, heterosexual. “Un grupo de degenerados sorprendidos en Valparaíso”, es el título de un reportaje que con fotos incluidas de dichos personajes, posando con trajes masculinos para la policía y para el público lector con ropajes femeninos de noche que eran utilizados en algunos de esos tugurios de la mala vida donde se reunían al caer la noche con prostitutas, bohemios, aniñados y delincuentes, se relataba, en un tono moralizador pero jocoso, los principales acontecimientos vividos por estos invertidos (Figura N° 2 y 3). Según la mirada de uno de los cronistas del semanario de actualidades Sucesos, se trataba de:

(...) degenerados con los trapos femeniles que usaban en sus fiestas... su condición los llevaba hasta usar de nombres femeninos: Pola Negri, la Violeta, la Carmelita, la Pera de Agua, la Musmé y otros nombres por el estilo. Cuando los aprehendió la policía llevaban maletines con sus cosméticos, polvos encarnados, lápices para los labios, sombras para las ojeras y otras ridiculeces... los funcionarios judiciales que intervinieron en la aprehensión, decían que todo aquello era un conjunto ridículo y asqueroso a la vez, si encontrar a mozos jóvenes con todo aquel equipo a disfrazar su sexo, para entregarse a la más baja de las pasiones a que pueden llevar la degeneración. Todos los individuos aprehendidos son también personas propagandistas de drogas heroicas y sólo así se explica que hayan llegado a tan sorprendente relajación sexual (1927, s/p).

Este reportaje de hipervisibilidad espectacular construido en las cualidades del soporte fotográfico y textual, nos da cuenta de la proliferación e indecisión para el nombrar un deseo diverso e inquietante, imposible de normalizar que, entre prácticas alternativas, inversión del rol genérico, posiciones eróticas o la elección del objeto sexual, se presentaba como una fuerza extraña y potencialmente subversiva debido a su capacidad de indeterminación. Evidenciando el carácter paradójico de la apropiación social del dispositivo fotográfico en el contexto de una política de la mirada obsesionada con el placer de ver y la pasión de exhibirse del cual eran portadores la prensa y los magazines, entre otros dispositivos cotidianos de la industria cultural. La fotografía posibilitó la fijación de un cuerpo y la formación de una personalidad capturada de lo "homosexual" construida sobre la mirada morbosa, permitiendo a su vez la producción de una topografía identitaria homoerótica desarrollada por los propios sujetos de representación disciplinaria desde el despliegue de poses o mimesis pervertidas durante el acto fotográfico, en tanto objetos de placer de esas miradas. De esta forma, la irrupción en el espacio público de unas identidades homosexuales fue posible a través de la mediación de los recursos narrativos y visuales asociados con el discurso de la crónica, especialmente de aquellas de inspiración modernista que, en tono periodístico o puro gesto literario, fijó su atención desde una mirada impresionista o crítica a los avatares cotidianos de la calle, en tanto escenario-espectáculo de lo moderno portador de las experiencias de lo mutante, extra-

ño, multitudinario y tecnología performativa de subjetivación. Se implementaba lentamente una práctica cultural de enunciación y desvelamiento de las identidades torcidas dentro de una economía del ropero destinada a gestionar la revelación pública pero también privada de dichos sujetos interpelados a través de la estructura del escándalo y la confesión con sus paradójicos efectos citacionales de resignificación multiplicadora.

La preocupación manifestada respecto al “pavoroso problema del homosexualismo”, específicamente referida a la sensación de su “extensión proselitista y viciosa” (Ministerio del Interior, 1942), se concretizó con la aprobación en el segundo gobierno de Ibáñez del Campo de la Ley 11.625 sobre Estados Antisociales y Medidas de Seguridad de 1954 (Berio, 1957). Un entramado legal que a través de los lenguajes de la eugenesia otorgó carta de existencia ciudadana a la homosexualidad en su condición de peligro para la sociedad junto con otros sujetos anormales: toxicómanos, vagos, ebrios, falsos señores de identidad, ex condenados de vida sospechosa. Es decir, una ley trashumante que incluía a todos aquellos individuos que tensionaban con sus conductas anómalas, relacionadas con aquello que Deleuze y Guattari llaman vagabundeo de banda y nomadismo de cuerpo (2002, 9-32), los límites del orden moral público. En este caso vinculado con un nomadismo que, por medio de la errancia sexual en los planos modernos de la ciudad, develaba el carácter contingente y productivo de los procesos de reconocimiento e inclusión de las otredades al interior de los entramados jurídicos de la polis. Una irrupción signada por la calle y el hacerse en las calles, ese “microcosmos de la modernidad” que en palabras de Perlongher, “se transforma en algo más que un mero lugar de tránsito dirigido o de fascinación consumista, se revela, también, como un lugar de circulación deseante” (1997, 48). Si bien esta ley de vigilancia escrituraria de signo policial no entraría en vigencia íntegramente, luego de un largo silencio velado, recién sería derogada en el año 1994 en el contexto sociopolítico de la transición democrática, el paso previo para la posterior despenalización el 2 de julio de 1999 de la sodomía o de las relaciones sexuales entre hombres adultos sancionada históricamente por el decimonónico Código Penal en su artículo 365 (Robles, 2008).

Los callejeros deseantes de Alone y Oyarzún.

Desde su calidad de crítico literario y de máxima autoridad canónica de las letras nacionales, nuestro ya conocido Alone o el “solterón incorregible”, en uno de sus ensayos sobre Gabriela Mistral al caracterizar su particular personalidad destacaba que:

(...) a Gabriela le placía andar... ¿Herencia paterna, un poco de neurosis? El hecho es que no puede fijarse. Su instalación siempre tiene aire provisorio. No sienta pie, no echa raíces. Conserva en su actitud algo de la viajera que ha llegado ayer, que partirá mañana, con sus maletas listas. Ella misma calificábase familiarmente de ‘patiloca’ y, aunque a los escritores chilenos les ha gustado navegar, D’Halmar, Huidobro y hasta Neruda resultan a su lado unos sedentarios (1962, 137).

Detengámonos un poco en este fragmento de complicidad escritural como de carácter neurótico, Alone al destacar estratégicamente una particularidad extraña de la ya rara Mistral, vuelve su preocupación en el andar como una condición propia de ciertos sujetos que guiados por “ese lado oscuro de la luna” –retomando la expresión de Luis Oyarzún– se encuentran marcados por una traza biográfica que alude a una diferencia indecible aunque presente en el incumplimiento de los deberes normativos, que en el caso de la viajera patiloca estaban determinados por la inmovilidad de lo doméstico y lo materno, en tanto ámbitos estructurantes del ser/deber femenino.

No obstante, este andar mistraliano es llevado hasta sus límites por el paseo deseante desplegado por Alone y Oyarzún en sus andares por Santiago. En sus paseos, la trama ciudadana es resinificada por una mirada móvil que se desliza recorriendo las calle y los cuerpos masculinos en búsqueda del indicio, el gesto o detalle desvelador de ese saber secreto compartido. Motivados por la sospecha voyerista de una afinidad posible armada entre los ires y venires por los planos de una ciudad gestada por la fantasía del orden sexual modernizante al buscar una:

Amistad fugaz, íntima, ardiente, la del hombre a quien detenemos en la calle y le pedimos fósforos para encender un cigarrillo. Viene del infinito desconocido; jamás lo hemos visto. –¿Tienes un fósforo? Todos sus pensamientos se detienen a nuestra voz y busca en los bolsillos. –Nosotros –el otro escondido– aguardamos pacien-

tes. Brilla el fósforo, arde el cigarro. –Gracias, señor. Y el intenso misterio se lo traga de nuevo en su sombra. Nunca más lo veremos. Por toda la eternidad, entre ambos, no habría sino esa relación de la llamada del fósforo (Alone, 12-VIII-29, 2001, 105).

Escribe Alone en su diario conmocionado por una de sus experiencias nocturnas frente a la posibilidad de encontrar ese cuerpo cómplice de su callejeo en la búsqueda de muchachos populares. Marginalidad sexual y social se sobreponen en la deriva andante de hombres que son objetos-sujetos de las miradas en las esquinas en la exploración de cuerpos y rostros semejantes para el intercambio de la palabra y luego la entrega total. En este contexto, la calle para Alone, al igual que para Luis Oyarzún, se conforma en un espacio de transgresión micropolítica en un sentido coreográfico como topográfico, vinculado a unos desplazamientos motivados por la exploración de un sentir torcido sólo posible en ciertos territorios y temporalidades urbanas des/localizadas. Una búsqueda identitaria construida en la experiencia común con un otro-igual, es decir, en un devenir emancipador de autoconstrucción. En este mismo sentido, Alone es más que un flâneur, pues su observar itinerante no se contentaba sólo con el contemplar sin ser observado: porque era a su vez un espectador y un participante que necesitaba el anonimato sexual entre la multitud. Es decir, un flâneur perverso, suerte de etnógrafo de cuerpos masculinos que participa activamente en el desarrollo de un momento de complicidad somática en una topografía callejera marcada por la búsqueda de un acontecimiento nocturno en un tiempo de lo placentero. Temporalidad fragmentaria del ahora, marcada por las vivencias eróticas de un instante fugaz, pero de la cual quedará recuerdo como un presente pleno de trascendencia en el “registro circunstanciado” propio del ejercicio escritural del diario íntimo (Morales, 2001 y Grau, 2008).

Este deambular paseante encuentra sosiego en el placer de la mirada, no de aquella enmascarada en el pudor que imponían las reglas de urbanidad, especialmente en aquellos lugares frecuentados por hombres que en su simulación arquitectónica, es decir, construida a contrapelo de sus usos disciplinarios, posibilitaron la emergencia como la inscripción de una pulsión prohibida. Uno de los placeres cotidianos de Alone, el baño turco, ruso, entre otras denominaciones que dan cuenta las múltiples fantasías que provocaba en el imagina-

rio colectivo su condición de fetiche exótico, deviene en un soporte que le permite articular el deseo homoerótico que cruza constantemente su escritura en tanto performance enunciativa de un proyecto de identidad. Jinetes desnudos, cuerpos morenos de adolescentes, “muchachos de cutis limpios, liso, descarnados, livianos, caderas enjutas, hombres fuertes” eran el objeto de su mirada atenta cuando “sudan, se jabonan, se frotan y se miran”, reconociendo un “placer especial, voluptuoso, interminable” producido por “la absoluta desnudez, del incógnito, del salvajismo fuerte” (Alone, 2001, 103-113). Una identidad asediada por esa “pasión de ver”, en palabras de Oyarzún, que busca la comunión estética-contemplativa con un otro desde la disolución de un yo-pecaminoso en una escritura vigilante que merodea constantemente el secreto pactado en su Diario:

No hay entre él y yo la menor cosa común. Ni planes ni deseos ni recuerdos. El es absolutamente otro. Y sin embargo me es amable. No me es extraño. Mi deseo de él es un deseo de mirada, en el deleite de verlo y de seguirlo... Si hubiera sido mi hijo, no sería tal vez tan puro y, quién sabe, confiaría menos en mí. Este no es mi hijo, está libre de mí, y yo lo miro como si me lo hubieran dado para guardarlo una sola noche en el campo de todas las acechanzas de la noche, comenzando por las mías. Me lo han dado para que admire otra vez la inexpugnable pureza de una belleza que vale por sí misma, sin relación conmigo, pues a mí me ofrecen sólo el goce de contemplarla (1995: 417).

Así la calle nocturna y los baños turcos, el deambular callejero y el mirar, formaron parte de los primeros entramados de producción social-queer de un espacio urbano, que al tensionar las bases normalizadoras de un orden soberano tanto en lo público como privado, provocarían la apropiación inadecuada de la ciudad en el accionar cotidiano de unos ciudadanos portadores de unas masculinidades otras.

En cambio para Luis Oyarzún, el callejeo por la ciudad nocturna se inscribía más bien con la experiencia de la errancia, extranjería y la orfandad, incluso para ello cita a la propia Mistral, definida como “una reina en el exilio”, que recoge significativamente en su Diario de vida viajera para hablar sobre sí mismo “a la luz contrastante o afín de sociedades y culturas de distinto signo” (Morales, 1995, 10). Este andar, tanto local o cosmopolita, se relacionaba en consecuencia

con la posibilidad de (re)configurar una subjetividad que nombraba como ecléctica e híbrida. Un callejeo viajero a unos mundos radicalmente diferentes, simbolizados significativamente en la figura colonialista de la China en una mirada metropolitana, permitiéndole dar cuenta de una identidad perpleja, pero por sobre todo tensionada. Un proyecto de desciframiento posible en la temporalidad de la fantasía nocturna, y en la cual un cuerpo se sumerge en las vicisitudes de una ciudad peligrosa, pero varonil:

(...) anoche yo penetraba solo, en busca de alguien, por los peores barrios nocturnos. Me sentía desafiante, invadido por un soplo juvenil de aventura, perfectamente libre y además, invulnerable, por encima de todos los peligros. Ningún cogotero podía hacerme nada. Yo lo sabía. La ciudad me parecía el escenario de piedra de un drama italiano de Shakespeare. Yo mismo era un hombre del Renacimiento. Hoy, al despertar, he revivido con otra conciencia, los peligros a que me exponía tontamente, arrastrado por un deseo que ahora no podía aceptar sin repugnancia. Hoy rechazo libremente lo que libremente fui anoche. Un poco borracho, medio delirante, pero instalado también de un modo particular en el centro de mi libertad (Oyarzún, [1953] 1995: 195).

Un placer fulminante que le concede el sentir, aunque sea en medio del fulgor de una fantasía, esa libertad anhelada, soñada, pero impensable, experimentada desde la incertidumbre.

Para concluir nuestro callejeo.

Es por medio de esta arqueología del andar minoritario, en el sentido deleuziano, el que nos ha permitido recuperar unas memorias fragmentadas e historizar aquellas ciudadanías borradas a partir de la recuperación de sus estrategias de resistencias como desde la negociación de identidades. Una recuperación estética y política no solamente reducida al efecto desestabilizador de la parodia travesti o de la loca bamboleante. En definitiva de aquello que en un tono de lamento Luis Oyarzún nos dice “...no sé si habré vivido realmente lo que la imaginación me trae. Bastaría una gota de memoria para transformar enteramente mi pasado” (1995, 154). Esos otros puntos de fuga que implicaron, por supuesto, distintos niveles de agenciamientos, en este caso referido al derecho a ocupar la calle, a un calle-

jo del fluir erótico y no a un andar regulado por el control policial o las tramas del mercado. El periodista Ricardo Rojas de *Aquí Ésta* nos relata el siguiente acontecimiento para él pintoresco:

(...) cuando llegué (se refiere al Parque Forestal o conocido como el parque de los invertidos) había dos depravados que estaban conversando seríamente y tranquilamente sobre complicados temas políticos, económicos y culturales y hasta moral. A veces la policía los sospecha y pregunta ‘¿Qué hacen ustedes aquí a esta hora? Los otros responden altaneros: –¿No lo ve? Conversamos. ¿Es delito, acaso? ¿Qué se ha imaginado Uds.? ¿Por qué no van a perseguir a los ladrones y a los cogoteros en vez de dedicarse a molestar a gente decente y honrada? ¿O ahora no se puede pasear ni conversar en este país? (1963, 11).

Al fin y al cabo un indicio de politización de una ciudadanía disidente en el mapeo de sus prácticas sexuales y culturales cotidianas: la historia de unos sujetos deseantes en constantes ires y venires sensoriales. Una memoria encarnada por la práctica del nomadismo en los pliegues de una ciudad otra en busca del lugar propicio, porque “ir a la esquina con Luchito Oyarzún (¿cómo no evocarlo sin el diminutivo?)...”, es más entretenido que hacer un largo viaje con otras personas”, recuerda Alone en las memorias de un crítico literario (1976, 253). Cartografía fundada en el valor político de la contradicción identitaria en el espacio público mediante la proliferación pervertida genérica, sexual y placentera de nuevos tránsitos ciudadanos. Si bien este ejercicio genealógico de recuperación forma parte de aquello que Beatriz Preciado ha denominado como “una respuesta a la necesidad, tras un momento de concentración en torno a la identidad y sus políticas, de volver sobre las prácticas... lo que Foucault hubiera llamado el ‘conjunto de los modos de hacer sexo’, modos por los que el cuerpo es construido y se construye como ‘identidad’” (2011, 84).

Lo anterior nos debe llevar a pensar en los desafíos políticos actuales que deben necesariamente articular lo micro con la macropolítico, tanto a nivel de enunciación de los discursos de los derechos como de la acción social *queer* a partir de las diferentes formas de resistencias subversivas en este caso asociadas con una estética y ética de los placeres, para posibilitar de esta forma el descentramiento de una ciudadanía delimitadora de la diversidad LGTBI.

Notas

1. “Alone confidencial”. Revista del Domingo, Santiago, 27 de abril de 1986, 5.

Bibliografía

- Alone. “Diario íntimo (fragmento)”. Pacífico Magazine. N° 19 (1914): 113-116.
- Alone. Cuatro grandes de la literatura chilena durante el siglo XX. Santiago: Zig-Zag, 1962.
- Alone. Pretérito Imperfecto. Memorias de un crítico literario. Santiago: Editorial Nascimento, 1976.
- Alone. Diario íntimo (1917-1947). Santiago: Zig-Zag, 2001.
- “Alone confidencial”. Revista del Domingo, Santiago, 27 de abril de 1986.
- Archivo Nacional de la Administración Central del Estado (ARNAD). Ministerio del Interior. Acta de Sesión N° 4 Comisión Decreto Ley N° 1766, 17 de abril de 1942.
- Benítez S., Alberto. Manual práctico de medicina legal. Adaptado al personal de los diferentes servicios de policías de Chile. Talleres de San Vicente, Santiago, 1932.
- Berio, Enzo. La Ley sobre estados antisociales. Tesis de Licenciado en Ciencias Jurídicas y Sociales. Santiago: Pontificia Universidad Católica de Chile, 1957.
- Brunet, Marta. Amasijo. Santiago: Zig-Zag, 1962.
- Butler, Judith. Vida precaria. El poder del duelo y la violencia. Buenos Aires: Paidós, 2006.
- Deleuze, G., y Guattari, F. Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia. Valencia: Pre-Textos, 2002.
- Foucault, Michel. Herculine Barbin llamada Alexina B. Madrid: Revolución, 1985.
- Foucault, Michel. Los anormales. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2001.
- Gándara, Alberto. Intersexualidad e intersexualismo. Memoria de Licenciado en Leyes y Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad de Chile. Santiago: Talleres Gráficos La Nación, 1930.
- Grau Duhart, Olga. Tiempo y escritura. El diario y los escritos autobiográficos de Luis Oyarzún. Santiago: Editorial Universitaria, 2008.
- Hurtado, Alberto. Cine y moral. Su influencia psicológica y moral en la niñez y adolescencia. Santiago: Editorial Splendor, 1943.
- Jara Novoa, Miguel. Las anormalidades sexuales y su legislación penal. Memoria de Licenciado de Ciencias Jurídicas y Sociales. Concepción: Universidad de Concepción, 1958.
- Lemebel, Pedro. Loco afán. Crónicas de sidario. Seix Barral: Santiago, 2009.
- Marañón, Gregorio. “La homosexualidad como estado intersexual”. Revista Médica de Chile. Vol. 57, (1929): 413-443.
- Morales, Leonidas. “El Diario de Luis Oyarzún”, Diario íntimo. Santiago: Departamento de Estudios Humanísticos, Universidad de Chile, 1995, 7-20.
- Morales, Leonidas. La escritura de al lado. Géneros referenciales. Santiago: Editorial Cuatro Propio, 2001.

- Oyarzún, Luis. *Diario íntimo*. Santiago: Departamento de Estudios Humanísticos, Universidad de Chile, 1995.
- Perlongher, Néstor. *Prosa plebeya. Ensayos 1980-1992*. Buenos Aires: Colihue, 1997.
- Perlongher, Néstor. *El negocio del deseo: la prostitución masculina en San Pablo*. Barcelona: Paidós, 1999.
- Phillips Müller, Leonardo. *Homosexualidad. Estudio médico-legal y social de la inversión*. Memoria de Licenciado en la Facultad de Ciencias de la Universidad de Chile. Santiago: Dirección General de Prisiones Imprenta, 937.
- "Palabras del Director". *Sex Appeal*. N° 1, (1939): 1-2.
- Purcell, Fernando. *¡De película! Hollywood y su impacto en Chile, 1910-1950*. Santiago: Taurus, 2012.
- "Premio Nacional aborda tema tabú", *Ercilla*. N° 1462 (1962): s/p.
- Preciado, Beatriz. *Manifiesto contrasexual*. Barcelona: Editorial Anagrama, 2011.
- Robles, Víctor Hugo. *Bandera Hueca. Historia del movimiento homosexual en Chile*. Santiago: Editorial ARCIS/Cuarto Propio, 2008.
- Rojas, Ricardo. "Los parques: jardines del vicio y el delito". *¡Aquí Está!* N° 37 (1963): 10-12.
- Rosemblatt, Karin. "Por un hogar bien constituido: el Estado y su política familiar en los Frentes Populares". Godoy, Lorena et al. (Editoras) *Disciplina y desacato. Construcción de identidad en Chile, siglos XIX y XX*. Santiago: SURCEDEM, 1995: 181-222.
- Subercaseaux, Benjamín. *Chile o una loca geografía*. Santiago: Editorial Universitaria, 2005.
- "Santiago, un paraíso de los homosexuales". *Intimidades y sucesos policiales*. N° 11 (1950): 10-11.
- "Un grupo de degenerados sorprendidos en Valparaíso". *Sucesos*. N° 1284 (1927): s/p.
- Villanueva Torres, Gabriel. *Jurisprudencia penal de los delitos de aborto, sodomía, abusos deshonestos, corrupción de menores, adulterio: contenida en la Gaceta de Tribunales, correspondiente a los años 1900 a 1943*. Tesis de Licenciado en Ciencias Jurídicas y Sociales. Santiago: Universidad de Chile, 1946.
- Whiting, Carlos. "Observaciones clínicas sobre diagnóstico, etiología (psicoanálisis) y terapia de la homosexualidad masculina", *Cuarenta años de psicoanálisis en Chile. Biografía de una sociedad científica*. Eleonora Casula et al. (Editores). Santiago: Editorial Ananké-Asociación Psicoanalítica chilena, vol. 1, 1991: 231-269.